




 **Juegos de poder**
Leo Zuckermann
leo@cpimr.com.mx

Política y bufonería

• Transitamos de una Cámara de Diputados que parecía una acartonada versión del Soviet Supremo a una que semeja una *troupe* de bufones vergonzosos.

Una de las cosas que más me chocaba de las épocas del autoritarismo prista era el exceso del formalismo en la política. Me daba flojera tanta floritura. En los eventos públicos, por ejemplo, la presentación de los presídiums podía tomar más de media hora. O, cuando un político se refería a otro, las fórmulas eran larguísimas: "Mi amigo y colega, el señor licenciado Fulanito de Tal, presidente de la Comisión de Transporte de la Cámara de Diputados del Honorable Congreso de la Unión, mexicano probo y revolucionario intachable, etcétera, etcétera". Las sesiones del Poder Legislativo eran aburridísimas: se cantaba el himno nacional, se guardaban minutos de silencio por revolucionarios fallecidos, se leían minutas que no decían nada y, desde luego, se alababa la figura del señor presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, el licenciado, blablablá.



Por fortuna, el largo proceso de democratización fue minando este exceso de formalismo en la política mexicana. La llegada de un rancharo campechano e informal como **Vicente Fox** a la Presidencia hizo que el péndulo definitivamente se moviera hacia el otro lado. Se desvirtuaron las formas como un elemento indispensable y civilizador de la convivencia política. Del exceso de formalismo pasamos a la guasa.

En la Cámara de Diputados hemos atestigüado esta transformación. Del total sometimiento al Poder Ejecutivo el día del Informe presidencial a la chunga contra el jefe del Estado mexicano que terminó con su expulsión definitiva del Congreso. Diputados que se suben a la tribuna sin orden alguno, cuelgan mantas ofensivas, insultan, escupen, enseñan sus dientes y prometen, cual machos alfa, que le va a romper el hocico a sus adversarios. Los medios de comunicación, fascinados por el lamentable espectáculo, reportan lo que hacen los payasos del Congreso. Transitamos de una Cámara de Diputados que parecía una acartonada versión del Soviet Supremo a una que semeja una *troupe* de bufones vergonzosos.

A lo largo de estos años, he tenido la oportunidad de observar cómo operan distintos parlamentos en el mundo. Me gusta mucho el británico. Ahí he visto debates brillantes, de un vigor que sólo se entiende en una sociedad comprometida con la democracia liberal desde hace décadas.

En la Cámara de los Comunes los golpes verbales son durísimos, pero con reglas muy estrictas. Está prohibida toda expresión que insulte a uno de los legisladores. Hay palabras impedidas como cobarde, imbécil, rata, puerco o traidor. El presidente de la Cámara puede expulsar del recinto a cualquier miembro que se rehúse a disculparse por haber utilizado un lenguaje inapropiado. En las prácticas parlamentarias ni siquiera se contempla qué hacer en caso de que algún miembro despliegue una manta ofensiva. Nadie, en sus cinco sentidos, lo hace porque esto implicaría la suspensión del parlamentario.



Porque tan nocivo es el formalismo de antaño como el otro lado del péndulo al que nos hemos movido.



Consulte *Corcholatas y unidad* al escanear el QR.

De hecho, un legislador que no cumpla con las reglas puede ser "nombrado" por el presidente de la Cámara quien simplemente dice "nombro a Zutano". En ese momento, el líder del partido al que pertenece Zutano se levanta y demanda que se debata y vote la suspensión de dicho parlamentario de la Cámara. Si la moción es aprobada, el legislador es suspendido por cinco sesiones. Una segunda ofensa lleva a la suspensión de veinte sesiones y la tercera queda a discreción de la Cámara. Lo mejor de todo es que el parlamentario deja de percibir su salario por el período en el que está suspendido.

¿No debería haber una práctica similar en México?

Claro que sí. Porque tan nocivo es el formalismo de antaño como el otro lado del péndulo al que nos hemos movido, es decir, la juega desenfadada sin castigo alguno.

Hay muchos ciudadanos que hoy prefieren no entrarle a la política mexicana asqueados por lo que se ha convertido esta profesión. Es terrible porque nos condenará a que sólo los payasos, flojos u oportunistas sean los que le entren al juego democrático. Una clase política que, lejos de ser de las mejores y más brillantes, es de las peores y más escandalosas. Por eso urge que el péndulo regrese un poco hacia el formalismo en la política. Desde luego no al que teníamos antaño, pero sí a uno de sustancia que se aleje de la guasa actual.



Twitter: @leozuckermann